



ABISINIA.—PAISAJE ABISINIO.—Reproducción de fotografía del P. Comini, de Asmara (Erithrea), enviada por el R. P. Baeteman (Pág. 233)

CARTAS DE MISIONEROS

CHINA

Las fundaciones de los Hermanos Maristas

Un Hermano Marista, temporalmente en Europa por motivos de salud, nos ruega transmitamos á los lectores de *Las Misiones Católicas* el siguiente llamamiento en favor de las obras chinas de su Instituto.

CARTA DEL HERMANO LUIS ERASTO, DEL INSTITUTO DE HERMANOS MARISTAS DE SAN GINÉS LAVAL

EN 1891, llamados por el vicario apostólico ilustrísimo Sr. Sarthou, y por su futuro sucesor el reverendo P. Favier, entonces su Vicario general, se dirigieron á Pekín los seis primeros maristas, y se en-

cargaron del colegio franco-chino de Nan-tang. De tal manera se hicieron apreciar estos nuevos profesores, que los Obispos de Kiang-nan, Kuang-tong, Tché-kiang, Kuang-si, Su-tchuen, Kiang-si y Ho-nan, quisieron dotar sus Misiones de tan útiles auxiliares.

Cada año numerosos hermanos iban á engrosar las filas de los mensajeros de la divina palabra. Los recién llegados ocupaban los puestos de los que una muerte prematura había llevado al sepulcro. Gracias á estas fuerzas siempre renovadas, se pudieron fundar sucesivamente las escuelas de Tien-tsin, el orfanotrofio de Cha-la-eul, cerca de Pekín, el colegio de San Francisco Javier, de Changhai, luego las escuelas de Chefu,

Canton, Ningpo, Utchang, Hankeou, Nanning, Koneilin, Suifu, Tchentu, Tchongkin, Nan-tchang y Weihui-fu.

La guerra de los boxers, que aniquiló completamente, en 1900, nuestras obras en el Norte y costó la vida á cuatro Hermanos, no tuvo, afortunadamente, repercusión en las escuelas del Mediodía. Pasada la tormenta, y con la generosa ayuda del Ilmo. Sr. Favier, pusimos de nuevo manos á la obra, y á fines del mismo año 1900 pudimos abrir otra vez las clases en un local provisional. Actualmente los Hermanos poseen en Pekín tres hermosas escuelas, frecuentadas por 3,500 alumnos, un noviciado y un juniorato para los chinos.

En 1906 los seis Hermanos de la comunidad de Nantchang fueron bárbaramente asesinados. Aquella escuela no ha vuelto á abrirse todavía á causa del estado turbulento del país, y sobre todo á causa de la falta de personal y de recursos.

Actualmente el Instituto cuenta en China 120 Hermanos europeos y 20 chinos. Las dos casas-noviciado (la de Pekín y la de Changhai) cuentan aproximadamente unos 80 postulantes ó novicios. Los Hermanos dirigen dieciocho establecimientos y dan instrucción y educación á más de 6,000 niños.

Estas escuelas tienen vida propia gracias á las retribuciones suministradas por los alumnos, á la generosidad de los misioneros, á las subvenciones de los Comités de comerciantes europeos y á las liberalidades de algunos chinos ricos. No es, pues, por ellas que me dirijo á los lectores de *Las Misiones Católicas* en demanda de socorros, sino por nuestros junioratos y noviciados, particularmente por los de Pekín.

No voy á demostrar aquí la necesidad de reclutar Hermanos indígenas, sobre todo en estos momentos en que en Europa carecemos casi de casas de formación, y no podemos esperar más que raras vocaciones para llenar los vacíos causados por la muerte. Por otra parte, un Hermano chino, gracias al perfecto conocimiento de los usos, costumbres é idioma del país, podría, estando bien instruido, hacer fácilmente mucho bien á sus compatriotas, que, por regla general, tratan á los extranjeros con desconfianza y reserva.

Con la ayuda de los misioneros hemos encontrado algunos jóvenes, y confiamos encontrar más, que han venido gustosos á alistarse bajo la bandera de la Santísima Virgen para trabajar por la conversión de los paganos. Pero la mayor parte no aportan al venir más que su buena voluntad, la cual por sí sola ya es mucho, pero no lo bastante para mantenerles durante los diez ó doce años que requiere su formación é instrucción.

Desde su fundación, estas obras de reclutamiento, tan trascendentales, sólo han podido sostenerse gracias á las economías introducidas por los Hermanos de las escuelas en su ya pobre y mísero presupuesto. Estos recursos, por ser demasiado exigüos y por estar sujetos á múltiples variaciones, entorpecen considerablemente el desarrollo de obras llamadas á procurar mucha gloria á Dios y la salvación á considerable número de almas. Hay que sentarlas, pues, sobre bases más sólidas y darles la mayor extensión posible.

No ha mucho el Ilmo. Sr. Jarlin decía á nuestro Provincial: «Aunque fuesen 2,000 los Hermanos chinos, tendría empleo para todos.» Y en efecto, ante el corto número de misioneros y el consolador aumento de conversiones que se inicia con tendencia á crecer, los misioneros piden auxiliares abnegados, laboriosos é instruidos para enseñar el catecismo y á orar á los neófitos y catecúmenos, á fin de poder con mayor libertad volar á conquistas nuevas y mantener vivo el fervor de los cristianos.

¿Cómo es posible que un misionero pueda atender á las necesidades y cuidar como convendría una parroquia grande como una provincia y á veces como una región española? Claro que trabajando de la mañana á la noche, sacrificando sus fuerzas y acabando con su salud logra atender á lo indispensable: pero ¡cuántos cristianos recién convertidos tendrían instrucción más sólida, si el párroco contara con auxiliares, catequistas, Hermanos chinos que le suplieran y auxiliaran en su trabajo!

Para que el trabajo fuera útil y permanente precisaría asegurar en Pekín la subsistencia de cien novicios. Hace pocos días me escribía el Provincial de China: «Si conoce V. una alma que quiera inmortalizar su nombre y asegurarse las perpetuas oraciones de todos los novicios chinos, pídale 20,000 francos, y con ellos podremos hacer mucho bien.»

Que las almas caritativas me ayuden á recaudar esta suma. Cualquier limosna, por pequeña que sea, será recibida con agradecimiento, y el donante tendrá derecho á las oraciones que diariamente se rezan en todas las casas que los Hermanos Maristas cuentan en China.

GABON

En la Misión de Franceville

CARTA DEL RDO. P. ALEJO BITON AL ILMO. SEÑOR
DE LE ROY

Nuevas conversiones

UN año ha pasado de mi regreso de Europa. ¡Qué veloces pasan los días llenos de trabajo! Y para nosotros en San Hilario el ocio es cosa desconocida.

A las labores del ministerio ha venido á juntarse, hace algunos meses, el cuidado de la construcción de una capilla... Cuidado tanto mayor cuanto que no tenemos otros obreros que indígenas, gente animada de las mejores intenciones, pero á las que no siempre corresponde la inteligencia.

Cemento, tenemos poco; cal, menos todavía; pero con excelente arena, ladrillos en abundancia y el corazón henchido de energías, hay más que lo preciso para empezar.

Hoy, las paredes se elevan ya unos palmos sobre el nivel del suelo, entre un cuadro verde de mangos que nos sirven á la vez de cerca y de muralla.

Grande fué, al principio, el asombro de los negros, quienes en voz baja y con pintorescos ademanes se preguntaban para qué podían servir los cimientos en que debía descansar el edificio. «¡Mira qué abrir zanjass para construir una casa! se decían entre sí. Verdadera-

mente los blancos tienen singulares maneras de complicar las cosas.» Hoy nuestros negros empiezan á comprender que para la solidez de la construcción son indispensables los cimientos.

La falta de personal nos obliga á limitar las visitas apostólicas. Nuestras obras se sostienen gracias al celo é inteligencia de nuestros catequistas.

Uno de éstos, Armando, sucesor de su hermano Ignacio, que murió envenenado por los fetichistas, enseñaba el catecismo en su pueblo natal. Un día, su padre, jefe y fetichista, habló así á este intrépido muchacho:

—Mira, hijo mío: no prosigas enseñando el catecismo en este pueblo; de lo contrario correrías la misma suerte que tu hermano.

Aunque este joven misionero en formación no temía la muerte, no obstante juzgamos oportuno confiarle otro puesto. Hoy lucha con intrepidez y hace hermosas conquistas en el campo enemigo.

El otro día se nos presentó un neo-convertido, excelente joven de veinticinco años, acompañado de numerosos muchachos. Al principio creíamos serían nuevos reclutas para nuestras escuelas y asilos. Nada de eso.

—¿Qué quieres, Marcial? le preguntamos. ¿A dónde vas con estos muchachos?

—Vengo de parte del jefe de mi pueblo, nos contestó sin ambages, á pedirnos un catequista; y si queréis una prueba de que hay allí gente que instruir y bautizar... vedla.» Con estas precisas palabras nos pedía el noble joven encendiéramos en aquellos tiernos corazones la luz que no se extingue nunca.

Permíteme, lector, que te cuente otra anécdota conmovedora, que muestra mejor que cualquier discurso la fe de nuestros pobres salvajes.

Hará unos tres meses, dos mujeres paganas, ambas madres, llamadas la una Mbete y la otra Mdumu, nos presentaron el mismo día, por una admirable coincidencia, su hijo enfermo, pidiendo le bautizáramos.

Pregunté á una de ellas si le quedaban otros hijos.

—No, me respondió tristemente; no he tenido más que dos.

—¿Y el otro?

—Murió.

—¿De qué enfermedad?

—De la enfermedad del sueño; antes de morir, tu hermano le bautizó. Creía poder salvar á éste, pero mira... ¡está enfermo del mismo mal!...

La pobre madre se echó á llorar. Procuré consolarla lo mejor que supe, y la pregunté si desearía hacerse cristiana.

—¡Oh, sí! me respondió sollozando; ¡es tan triste la vida!... pronto quedaré sola en el mundo... ¡Oh, sí; quiero ser feliz después de la muerte, y volver á juntarme para siempre con mis hijos en el cielo!

Ante muestra de fe tan sincera, me sentí profundamente emocionado... Instruí á los dos muchachos y les administré el santo Bautismo. Luego partieron con sus madres. Después he sabido que ambos murieron. Confío que desde lo alto de los cielos harán descender bendiciones y gracias espirituales sobre aquellos que les han procurado la salvación.

*

COLOMBIA

Muerte de un misionero en los llanos de San Martín

EL 12 de Abril último, 1909, lunes de Pascua, el P. Jorge Paillier, de la Parroquia de Medina, se dirigía á la casa de un enfermo á prestarle los auxilios espirituales, provisto al efecto del santo sacramento de la Eucaristía. Al dejar el pueblo dijo á varias personas que se admiraban al contemplar su afán: «Temo que el enfermo muera sin Sacramentos, y es esta la razón de mi ansia por partir cuanto antes; por eso he celebrado la Misa tan temprano.» Y acompañado de un hermano y de un peón se puso en camino. Al llegar á las orillas del Gazamumo, observaron que el río había crecido y debían por consiguiente reflexionar antes de lanzarse á la corriente. En su interior se empeñó entonces una lucha horrible al ver que al otro lado de aquel obstáculo había un alma en peligro de morir sin recibir la visita de ese Dios de quien se había él constituido en portador. Pero como la caridad y la prudencia no se excluyen, resolvió esperar aún algunos instantes. Los compañeros notan que, á pesar de su inquietud, reflexiona. A poco rato, sin duda después de haber pesado bien las consecuencias de lo que iba á hacer—que para los que no conocen el espíritu de sacrificio del verdadero sacerdote podrá pasar como una temeridad—se volvió hacia sus compañeros y les dijo con ademán resuelto: «Vámonos,» y picando la mula, siguió adelante.

En aquel momento la creciente tocaba á su máximo de impetuosidad; el agua pasa sobre la cabalgadura, de la cual derriba al sacerdote, que no pierde sin embargo la sangre fría y trata de recobrar su posición. Pero esto no duró casi nada. Una ola más fuerte aún lo hace caer de nuevo y lo arrastra consigo. Pero el Padre, que era buen nadador (había salvado la vida á dos personas que se ahogaban), luchó contra la corriente con inaudito esfuerzo, desapareciendo á los pocos instantes.

Es de figurarse la consternación de los espectadores de tan trágico suceso, el que pudieron por su parte impedir, y á cuyos gritos acudió de los lugares más próximos multitud de gente. Todo Medina se trasladó á las orillas del río. Durante cuatro interminables horas estas buenas gentes estuvieron buscando á su joven pastor, al cabo de las cuales lo hallaron ajustado entre dos enormes piedras, con dos heridas profundas en la cabeza. Parecía esperar—nuevo Tarsicio—una persona á quien entregar incólume el sagrado depósito que llevaba en su pecho para rendir tranquilo su alma á Jesucristo, pues aún conservaba calor.

Imposible sería describir la escena que tuvo lugar tan pronto como fueron hallados aquellos dos tesoros divinos.

Como en aquellos momentos no había allí un sacerdote que se encargara de devolver el Sacramento á su sagrado lugar, se confió la misión á un adolescente, quien con el mayor cuidado la cumplió. Luego la parroquia entera—la Autoridad civil á la cabeza—organizó otro cortejo en honor del sacerdote víctima de Cristo.

Parecía que cada uno de los habitantes hubiera per-

dido algún miembro importante de la familia: tal era el clamor y el llanto general por la desaparición del joven sacerdote que, llevando apenas seis meses de permanencia en aquel pueblo, se había sacrificado en su servicio. El Alcalde decretó luto general y prohibió toda clase de regocijos públicos.

El señor Cura de Gachalá—que fué en tan acerbos circunstancias un verdadero hermano para los misioneros—pronunció en los funerales un conmovedor y elocuente panegírico del muerto. En el cementerio, el Secretario del Alcalde se dirigió también á la fúnebre comitiva, haciéndola verter con el influjo de su palabra abundantes lágrimas. Todas estas manifestaciones de amor hacia el difunto sacerdote por parte de la parroquia de Medina, han merecido voces de agradecimiento del señor Vicario Apostólico manifestadas por él en carta pastoral.

El P. Jorge Paillier había llegado de Francia en el mes de Agosto del año pasado; allí dejó parientes y multitud de amigos que llorarán amargamente su desaparición. De su sepulcro, como del sepulcro del Redentor, esperamos que habrán de germinar muchas y santas vocaciones de misioneros que vendrán á entregarse, á pesar de todos los peligros, á la salvación de las almas.

El señor Arzobispo Primado de Bogotá y Su Excelencia el Delegado Apostólico, han expresado por conducto del telégrafo al Vicario Apostólico de San Martín su dolorosa simpatía y ofrecido el contingente de sus oraciones. Su Señoría el Ministro de Instrucción Pública D. Antonio Gómez Restrepo, en nombre del Gobierno y en el suyo propio, ha enviado á los Padres Misioneros y á la familia del finado, junto con el testimonio de su admiración por el sacrificio y los méritos del P. Paillier, su sincera expresión de condolencia por la muerte de ese genuino discípulo del Crucificado.

NOTICIAS VARIAS

Rusia.

La primera visita pastoral.—Por primera vez un Prelado católico ha sido autorizado por el Gobierno ruso para efectuar la visita pastoral en el Ural y la Siberia. Desde mucho tiempo atrás gran número de obispos habían proyectado este viaje, entre otros el Arzobispo de Mohilew y también su sucesor, el cual al prepararse para la empresa fué arrebatado por la muerte. Por fin, el arzobispo Whukowski obtuvo directamente del Emperador en una audiencia que le fué concedida, la autorización para visitar la Siberia; pero, cuando se proponía hacerlo, cayó enfermo de la dolencia que le llevó al sepulcro, y ahora Mons. Cieplak ha tenido el consuelo de hacer este viaje, que ha producido un gran bien á muchas almas. La archidiócesis de Mons. Cieplak abraza desde el Báltico al Océano Pacífico, y desde las costas de Finlandia hasta el extremo de Siberia, además de la isla Sakhalina.

Canadá.

El primer Concilio.—El primer Concilio Plenario de la Iglesia Católica en Canadá se abrió el 19 de Septiembre en Quebec. S. E. Mons. Sbarretti, Delegado Apostólico, y todos los Obispos y Arzobispos del Canadá, en número de 22, fueron recibidos en la estación y escoltados hasta la Catedral por una gran procesión de sacerdotes y fieles en que desfilaba un destacamento de zuavos pontificios con su traje pintoresco.—Durante el pasado mes de Agosto 16,000 emigrantes llegaron á la parte occidental del Canadá.

En la escuela de los salvajes.—Cuando nuestros perseguidores se hacen más crueles y son más cínicos, ¿á quién no le ocurrirá decir que mejor sería vivir entre salvajes?

Ciertamente que hay momentos en que esa sería nuestra exclamación, y más aún si nos encontrásemos de compañero en la vida con salvajes del carácter de éste:

—El Padre no te quiere y no te da ni zapatos ni vestidos.

El salvaje entreabre su camisa, y contesta:

—¿Eres tú capaz de leer en mi corazón?

—No; responde el Pastor asombrado.

—Pues bien, responde el salvaje; en mi corazón es donde coloca el «Ropa negra» los obsequios que me hace. Cuando me confieso, lava mi cuerpo con la sangre de Jesucristo. Cuando comulgo, deposita á Jesús en mi corazón. Tu tabaco se disipará en humo; tus vestidos se envejecerán; pero los presentes del «Ropa negra» permanecerán conmigo y los llevaré al hermoso cielo de Dios Nuestro Señor.

Sublime contestación, que coloca á nuestro «salvaje» muy por encima de gran número de nuestros pretensos «civilizados.»

La Masonería.—El P. Gruber, S. J., quien hace algunos años desenmarañó el embuste del ficticio Leo Taxil, publica en el número de Julio de la *Franc Maçonnerie démasquée* los siguientes interesantes datos sacados de fuentes auténticas.

En todo el mundo hay 144 Grandes Logias y Grandes Orientes, 45 cuerpos masónicos superiores del rito escocés y cerca de 25,600 logias con un número aproximado de dos millones de socios activos. Si á éstos se añaden los muchos masones inactivos y las asociaciones que en América se denominan masónicas, el número de los Hermanos trespuntados sube á diez millones.

Las logias masónicas propiamente dichas se dividen del modo siguiente: Estados Unidos, 12,990 logias blancas y 1,300 negras; Inglaterra, 2,668; Sud-América, 1,022; Australia, 743; Escocia, 732; América (posesiones inglesas), 647; Francia, 532 (35,000 miembros); Alemania, 477; Irlanda, 415; Italia, 305; Centro América, 206; Portugal, 121; Holanda, 97; España, 67; Austria-Hungría, 64; Suecia, 40; Grecia, 34; Suiza, 33; Dinamarca, 20; Noruega, 14.

¿Qué serían estos diez millones de Hermanos más ó menos masonizantes, que militan bajo la bandera de Lucifer, comparados con los 250 ó 300 millones de católicos que siguen el estandarte de la Cruz—si éstos supieran unirse en una invencible falange?



IMPRESIONES DE VIAJE DE FRANCIA Á ABISINIA

POR EL RDO. P. JOSÉ BAETEMAN, LAZARISTA, MISIONERO EN ABISINIA

(Conclusión)



TRA costumbre existe todavía, la cual no es menos curiosa que la anterior: antes de quedarse definitivamente con su esposo, la joven vuelve á casa de sus padres, en donde es puesta al *tostadero*. La pobre tiene que instalarse en un nicho, al rededor del cual encienden un gran fuego, y á pesar de sus lamentos y sus gritos no la dejan en libertad hasta pasado un cuarto de hora. La cruel operación, que se repite varias veces, tiene por objeto hacer «mudar la piel» á la recién casada. Efectivamente, después de estas *cocciones* sucesivas la piel se enrojece, pero al poco rato vuelve á su color negro ébano. Por fin, después de estos tormentos autorizan á la joven para irse á vivir con su esposo.

Con seguridad que desconocíais este sencillito detalle de las costumbres abisinias. Muchos otros pudiera contaros tan curiosos como éste.

La fiesta de Navidad

Acabamos de celebrar la fiesta de Navidad.

En el interior de la iglesia construí un bonito pesebre, noimitando, como se suele en Europa, montes y ríos, pues este detalle no hubiera interesado á mis feligreses, ya que aquí los tenemos en abundancia y tan hermosos, que fuera empresa temeraria querer rivalizar con la naturaleza. Antes al contrario empleé en su confección mucha tela azul y encarnada, lo adorné con profusión de perlas falsas y cintas de seda de todos colores y dimensiones, bolitas de cristal, cascabeles, flores artificiales, figuritas, gallardetes azules y blancos, en fin, con cuanto hallé vistoso y brillante. En el centro coloqué al Niño Jesús con un collarito de perlas, la Santísima Virgen en oración y San José; detrás puse dos angelitos con la cabeza rota y sin narices.

Mi deseo hubiera sido hallar un mulo y un buey. Pero á pesar de tan grave defecto, mi pesebre fué universalmente admirado.

—¡Pensar que haya gentes que morirán sin haber visto esto! me decía el profesor de canto.

Y Dibilis, mi fiel criado, exclamaba:

—¡Oh! ¡No habrá quedado nada en Europa; todo os lo habéis llevado!

Y no faltaba quien decía:

—Si en la tierra se ven cosas tan bellas, ¿qué se verá en el cielo?

Por desdicha mía, tuve una, al parecer buena idea, que me resultó perjudicial. Habiendo encontrado entre mis cosas una especie de muñeca tocando la trompeta, la suspendí en el pesebre, encima del Niño Jesús, á manera de ángel cantando el *Gloria in excelsis Deo*! Inmediatamente se propagó por el país una noticia que no tardé en conocer.

—Abba Kyrillos (éste soy yo) ha ahorcado un niño colgándolo del techo de la iglesia.

Mis querubinitos negros

No terminaré esta relación sin deciros algo de mis «querubinitos negros.» Vedme otra vez al frente de mi batallón de chiquillos. ¡Pobrecitos, qué lindos son! Ya sabéis lo que decía el buho de la fábula: «Mis pequeños son lindos, graciosos, bonitos.» No se os ocurra tomarme por buho.

Cada mañana se congregan bajo la copa del mismo árbol, con la misma excelente voluntad, el mismo maestro, igual inocencia é igual manera de orar, juntas sus manecitas y los ojos bajos en humilde actitud. Inútil decir que ruegan por todos sus bienhechores. Los domingos acuden en mayor número, porque saben que después de la Misa les doy de comer. ¡Ah, niños de Europa, que hacéis muecas y ponéis mala cara ante un plato de sopa, un pedazo de pan blanco y los delicados manjares que os sirven! Quisiera que un día vieséis á vuestros hermanitos negros de Abisinia en la mesa, ó mejor, en el suelo, porque aquí para comer se sientan en el suelo. Previamente se les han preparado bolitas de harina de cebada; á guisa de tenedor, empuñan un palito terminado en punta, con él pinchan las bolitas, las mojan en «confitura» de pimienta roja y harina de lino y se las comen. No hagáis muecas; esta comida no tiene nada de mala, os lo aseguro. ¿Pruebas? Habría que verles, terminada esta operación, pasarse la mano por la barriguita, con aires que parecen decir: «Mis asuntos interiores marchan bien.»

El año pasado os escribí pidiéndoo *chub chubs* (camisas) para mis pequeñitos, y me enviasteis con que procurárselas á todos. Os lo agradezco infinito. Pero todo se estropea en este mundo, hasta las camisas de los chiquillos. Y actualmente mi ropero está vacío. No ha mucho escribí á los *Anales de la Propagación de la Fe* pidiendo á sus lectores un pañuelo para adornar la cabeza del gran Jefe de nuestra tribu, Irob Boknaito. He recibido una verdadera lluvia de pañuelos de todos los países del mundo.

Hoy os pediré dos cosas: ante todo un poco de harina de lino para mis amados angelitos. ¡Ah! ¿Por qué echáis los cataplasmas después que os habéis servido de ellos? ¡Si supiesen qué bien recibidos serían aquí! No obstante, reconozco que son difíciles de enviar por correo.

No, lo que os pido ante todo, y de lo cual tenemos mayor necesidad que de pañuelos y harina de lino, son oraciones. Sí, ¡rogad por nosotros!

No creo que haya en el mundo Misión semejante á la nuestra, en la que, reducidos y acantonados en nuestro



ABISINIA.—GRUPO DE MUCHACHOS COMIENDO HARINA DE LINO.—Reproducción de una fotografía del Rdo. P. Baeteman

pequeño recinto, no podemos salir de él ni responder á tantas almas que de todas partes nos llaman y nos tienden los brazos.

No hay corazón de misionero que, en los albores de su vocación, no haya ardido en deseos de sufrir, y sufrir mucho, por el divino Jesús. Sufrir los rigores del clima, un sol abrasador durante el día y un frío glacial durante la noche: vivir en una cabaña, morada de toda suerte de molestos animalejos; tener por vecinos á musulmanes, gente que no desea sino mataros si por desgracia cometieseis la imprudencia de penetrar en su país, á cuatro kilómetros de aquí; sufrir las vejaciones, injurias, ultrajes y odios de los cismáticos, á cuyos ojos somos peores que musulmanes, quienes no obstante están á 40 grados bajo cero en el termómetro de su estima; vivir en un pueblo orgulloso, bribón, perezoso, próximo á abandonarnos (salvo raras excepciones) al primer amago de persecución; no recoger otro fruto que ingratitudes; oírse á cada paso: «O me dáis dinero, ó me hago cismático.—¿No estabas bien en tu casa, no

tenías nada que hacer en ella que te has venido aquí?» Estas y otras muchas son las espinas y sufrimientos que siembran nuestro camino. Pero ellos no son nada ó casi nada.

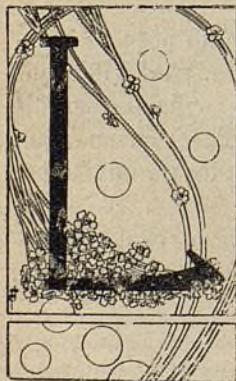
El verdadero sufrimiento, el verdadero martirio para nosotros, es vernos obligados á permanecer inactivos, con el arma á los pies, oyendo el llamamiento de almas que nos solicitan y no pudiendo acudir á ellas porque nos obstruyen el camino.

Mas, á pesar de esto, aunque tuviésemos que permanecer siempre aquí, estamos dispuestos á no abandonar nuestro puesto hasta el día del juicio, á gastar nuestra salud y nuestras fuerzas para conquistar algunas almas cuando menos, en los repliegues de este soberbio macizo negro. En cuanto á nuestros feligreses, debo decir en honor á la verdad, que algunos son muy buenos y celosos... Pero ¿y los otros?... Los otros, son los que más amamos, porque, cuanto más ingratos, más necesitan de nuestro amor.

FIN

LAS MISIONES DE INFIELES

(Conclusión)



La primera dificultad que se ofrece para la conversión de los infieles, es la resistencia tenaz que en la mayor parte de los casos oponen ellos mismos. Hay algunos que de tal modo se obstinan en sus errores y en tal grado se muestran duros á la acción de la gracia, que si llegan á convertirse, no es sino después de haber vertido la sangre de muchos de sus liberta-

dores y haberlos sujetado á crueles tormentos. Otros viven tan apegados á sus creencias supersticiosas y desenfreno de costumbres, que es imposible apartarlos de ellas y sujetarlos, quedando sólo el recurso de hacer abrazar la fe á las nuevas generaciones, mediante una larga y prolija educación. Y, finalmente, no es raro encontrar cierta clase de hombres que del todo cierran las puertas á los misioneros y se niegan á comunicar con ellos. Sin embargo, estas dificultades no son las mayores: sobre ellas pasa el celo apostólico, porque son propias de la obra, y con paciencia y constancia, siempre

se consigue algún fruto y á veces mucho. Así es que propiamente ésta no es dificultad para las Misiones, como lo comprueban los hechos, sino más bien para la conversión de los infieles, pero que de otra parte nace del carácter mismo de la obra.

Hay otro inconveniente, que sí lo es en verdad, y por cierto muy digno de lamentarse, y consiste en la escasez de recursos y de obreros. Las Misiones de infieles exigen gastos considerables, porque los que las toman á su cargo, necesitan á lo menos estar provistos de lo más indispensable para trasladarse al lugar designado y conservar allí la vida: lo contrario sería perder ésta sin fruto y de una manera inconsiderada, lo cual no quiere Dios ni le puede ser grato. Ni obsta á semejante exigencia que algunas veces se hayan dado casos de misioneros que, sin medio alguno de subsistencia, se lanzaron á comarcas desconocidas, hostiles y escasas de recursos. Estos han sido verdaderos prodigios que Dios ha querido obrar en testimonio de la santidad de sus siervos y de la obra misma, y por manifestar su poder; pero que no ocurren ordinariamente. Pues bien: si son indispensables tales recursos, ¿de dónde será posible haberlos? Sin duda que de la generosidad de los fieles; así es, que si ésta abunda, abundantes serán los frutos; y si falta, la mies se resentirá de ello.

Pero además de tales medios, es indispensable también que haya un número de obreros competente. Porque ¿qué importa que no escaseen las facilidades para la subsistencia, si no hay quienes dispensen la palabra divina? Y ¿cuándo podrá decirse que bastan éstos, siendo el campo de acción tan dilatado y tan crecido el número de almas que ignoran la fe de Jesucristo? Igualmente, es necesario formar esos obreros y prepararlos de modo conveniente. Ciertamente que las Ordenes y Congregaciones religiosas prestan para ello el auxilio más eficaz é importante que puede darse; mas con todo eso, importa mucho al efecto, favorecer las vocaciones, contribuir á que sean aptas para su objeto y se realicen, y, en fin, alentar la empresa y darle impulso de tal manera, que el número de misioneros crezca y sea siempre el mayor posible.

Por desgracia, en esta parte se ve también no poca deficiencia y un obstáculo para la propagación de la fe, que en mucha parte los fieles pudieran allanar. Mas á pesar de todo, el inconveniente principal que impide obra tan santa y esteriliza en mucha parte los esfuerzos y el celo de la Iglesia, es la acción ó inercia de algunos Gobiernos cristianos. Unas veces por las persecuciones religiosas que permiten ó promueven ellos mismos en sus Estados; otras por los intereses políticos ó mercantiles que persiguen en los países de los infieles; y otras también, por negarse á prestar el auxilio indispensable, sin el cual no es posible que se establezca ó adelante la obra; ó bien por todas estas causas juntas: lo cierto es que semejante conducta ha sido siempre una rémora muy considerable para las Misiones católicas, en la cual ha encontrado su mayor enemigo la dilatación del reino de Jesucristo.

Tales son los inconvenientes que se oponen á una expansión franca de la fe católica en los países de infieles, los cuales con frecuencia han dado ocasión al retroceso ó pérdida completa de lo que se obtuviera an-

tes con grandes fatigas. Mas ¿cómo evitar estos males? El remedio es bien sencillo, como vamos á ver.

Desde luego, es evidente, que en esta materia, no todo lo que se quiere se puede remediar; porque mucho es lo que depende de la gracia, cuya dispensación se halla en manos de Dios que se la ha reservado, ó de otras causas que se hallan fuera de nuestro alcance. Mas ¿quién se atrevería á afirmar otro tanto de los recursos pecuniarios y del aumento de obreros evangélicos, cuya falta hemos visto que dificulta en gran manera la predicación de las enseñanzas divinas en los países de infieles. Demos con generosidad y constancia, y mucho se facilitará la obra. Eduquen los padres á sus hijos en la piedad; protéjanse los seminarios de propaganda; favorézcanse en general la instrucción religiosa y las buenas costumbres; opóngase resistencia á la difusión del mal, y las vocaciones de mártires y de misioneros no escasearán. De esta suerte, aunque la conversión de los infieles dependa de la gracia, siempre,



ABISINIA. — SACERDOTE CATÓLICO, INDÍGENA. — Reproducción de una fotografía del Rdo. P. Baeteman. (Pág. 233)

con la enseñanza evangélica se les pondrá delante la ocasión de recibirla, y, sobre todo, se habrá empleado el medio que Jesucristo mismo designó y quiso que fuese el ordinario y más frecuente para comunicar á los hombres su doctrina y determinarlos á abrazarla.

Pero más que todo, lo que importa es orar; porque la oración penetra los cielos y vence cuantos obstáculos puedan ofrecerse. Aun la obstinación de los infieles y las trabas que ponen los Gobiernos, le están sujetas y ceden á su imperio. Ni se diga de las vocaciones y aumento de misioneros, que ella es el medio propio de obtenerlos, según la palabra expresa de Jesucristo (1). Y, ¡qué más! hasta la misma gracia, don especialísimo

(1) Luc., x, 2.

de Dios, que distribuye á su agrado y por su sólo querer: *Spiritus ubi vult spirat* (1), no resiste á la oración y descende cual lluvia benéfica á instancias de ella. ¡Con razón se dice de Santa Teresa, que con sus ruegos salvó tantas almas, como San Francisco Javier con su predicación! De donde resulta, que sin omitir lo que está en nuestra mano hacer en favor de los infieles, en favor de esas pobres almas que están esperando nuestro auxilio para no perderse: en la oración tenemos un medio efficacísimo y poderoso, para hacer estas obras fecundas en bienes eternos y suplir nuestra impotencia.

J. M. BUSTOS, S. J.

(1) Joan., ii, 8.

AMERICA CENTRAL

RELACION DE VIAJE EN LOS RIOS PUTUMAYO, CARAPARANA Y CAQUETA Y ENTRE LAS TRIBUS GUITOTAS

POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, MISIONERO CAPUCHINO

(Conclusión)

CAPÍTULO XIX.—Sube el P. Santiago por el río Orteguaza y visita los caseríos de *Canelos, Bodoquero, Marsella, Florencia*.—Otro tanto hago yo en el Caquetá con los indios Coreguajes y Macaguajes.—Cambio consolador en las familias blancas existentes en el Orteguaza y en esta parte del Caquetá.—Regreso del P. Santiago.—Nueva navegación por el Caquetá hasta Puerto Limón.—Gozo inexplicable.—Llegada á Mocoa.



N llegando á esta parte del Caquetá cambió casi por completo nuestra situación. Y aunque era verdad que nos restaba todavía lo más peligroso del río; empero, el sólo pensar que estaba poblado de gente blanca, nos alegraba como no puede suponerse.

Yo llegué á San Francisco Solano imposibilitado para continuar la marcha; fué, pues, mi primera determinación tomar unos días de descanso, en la casa de los buenos esposos Benjamín Plaza y Anastasia Reina. Y como el P. Santiago se hallaba con más salud y celo de las almas, me pidió permiso para irse por el Orteguaza á visitar á las gentes que viven á orillas de dicho río. Accedí á tan buenos deseos, y se fué con los mismos bogas que nos habían sacado de Puerto Pizarro.

Esta separación duró un mes; en cuyo tiempo logró hacer bienes inmensos á los habitantes de *Bodoquero, Canelos, Marsella, Florencia*, etc. Tave asimismo noticia de cómo dichos blancos recibieron al Padre con grandes demostraciones de amor y cariño, y le facilitaron todos los medios necesarios para trasladarse de una parte á otra.

Mientras que mi compañero andaba haciendo bienes por allá, yo, un tanto restablecido, comencé mi ministerio apostólico con los indios Coreguajes y Macaguajes, existentes en San Francisco Solano, en *La Laguna* y en *Niñeras*.

Ratos placenteros me proporcionaron estos indios; y gozaba, sobre todo, cuando á la luz de la luna y á orillas del río los tenía congregados, y allí, unas veces, me entretenía con los grandes enseñándoles á conocer á Dios y á la Santísima Virgen, otras veces me ponía también

á jugar con los niños, que para eso se prestan las noches de verano en tan poéticas playas. Y como ellos no tienen capilla ni cosa semejante, también en la misma playa y á la luz del astro nocturno administraba el santo Bautismo y unía en matrimonio á los que lo habían menester.

El convenio con el P. Santiago era que yo debía esperarlo en *Tresesquinas*, para de allí seguir juntos por el Caquetá. Pero viendo que los trabajos evangélicos nos hacían demorar más de lo que deseáramos, determiné visitar todas las familias que se encuentran hasta *La Reforma*, distante del Orteguaza cuatro días, aguas arriba.

Todo ese trayecto está poblado de casas á un lado y otro del río. Sus habitantes tienen, ahora, hambre y sed de justicia. Cuando llega el sacerdote, lo primero que hacen es disponerse para la confesión y Comunión. En una palabra, salvo raras excepciones, todos son buenos cristianos.

Para consuelo de mis lectores y de los demás misioneros que no conocen estos lugares, diré que el misionero, lejos de sufrir en esta parte del Caquetá y en el Orteguaza, goza, porque ya no se ven los escándalos, asesinatos y crímenes de antaño. Y todo es debido, por más que no lo crean los enemigos de nuestra Misión, al celo y frecuentes viajes de nuestros operarios evangélicos.

No una, sino muchas veces y en distintos lugares me decían: «Padre, nosotros, unos cinco ó seis años atrás, cuando sabíamos que bajaba el Misionero, lo primero que hacíamos era, sino huirnos al monte, á lo menos escondernos; porque casi ninguno era casado; pero también á ninguno, casi, le faltaba su mala compañera.» De tal suerte, pues, que el Padre llegaba á una casa y lo ordinario era encontrarse con las puertas cerradas. Todo lo contrario se ve ahora: pues en teniendo noticia de que va el Misionero, se llenan de placer; suspenden los viajes y se disponen para hacerle un buen recibimiento. Es que en la actualidad no hay por qué temer: casi todos están casados y viven contentos con sus mujeres.

Todo esto era para nosotros motivo de gozo y premio de los sufrimientos pasados.

Al cabo de un mes tuve el consuelo de volverme á reunir con mi querido P. Santiago, en *La Reforma*, vivienda del Sr. Manuel Morales. Si mal no recuerdo, seis ó siete canoas atestadas de gente acompañaban la del Padre el día que llegó; y en el semblante de todos se conocía, primero, el testimonio de la buena conciencia, y segundo, la alegría que tenían conduciendo al ministro del Señor. Dos días estuvieron con nosotros y regresaron á sus casas llevando en su pecho el dolor que causa la separación de un sér querido.

Nosotros también, con el deseo loco que teníamos de llegar pronto á Mocoa y reunirnos con nuestros hermanos, dispusimos el viaje para el 6 de Marzo. Y después de siete días de navegación por lo más correntoso del Caquetá, como son estas últimas jornadas, desembarcamos en el puerto de Limón. Aquí, que es el lugar donde

se dejan las canoas y se toma el camino por tierra, no puedo explicar lo que por entonces pasó en mi alma y en la de mi compañero. Cuando pusimos el pie en el suelo, nuestra mente recorrió en un instante todos los lugares que habíamos andado: vió los peligros, desprecios, lágrimas y sudores que habíamos tenido en siete meses y medio; y al encontrarnos salvos y libres de todo eso, ¿cómo no alegrarnos? ¿cómo no debía saltar de júbilo en el pecho nuestro corazón? ¡Oh qué gozo no deberá ser para un misionero cuando llegue al puerto de la gloria!

En el pueblecito de Limón paramos dos días y medio, disfrutando de la alegría que aún no se nos acababa; y fuimos luego á continuarla en Mocoa, en compañía de nuestros caros hermanos PP. Hermenegildo, Lucas, Baltasar y Hermano Ildefonso, quienes nos recibieron con los brazos abiertos el día 16 de Marzo de 1906.

FIN

EGIPTO. — EL NILO

Quando uno admira la grandiosidad de la Naturaleza, admira la omnipotencia de Dios.



ON muchísima razón han dicho los sabios que desapareciendo el Nilo, desaparece el Egipto, puesto que esa gran arteria de ese país africano, es en verdad su vida y su riqueza.

Pero á más de ser de suma importancia vital para el Egipto, es el Nilo también de capital interés para la ciencia: allí se producen fenómenos maravillosos, donde el hombre de estudio, tiene elementos de sobra para analizar y sacar deducciones científicas.

Pero sería inútil hablar del Nilo, sin antes dar una breve idea de su poseedor: el Egipto.

Allí no hay las enmarañadas selvas, ni los inmensos bosques de la América, ni tampoco el secular *baobab* tan característico de Africa, en cuyo enorme tronco se pueden albergar, según Levingston, de veinte á treinta personas, que tan admirablemente lo ha descrito el célebre geógrafo Humboldt.

Igualmente el Egipto desconoce los grandes temporales, y como es lógico suponer, sus funestas consecuencias.

La ira de Júpiter no estalla sobre las tierras del Nilo, y por consiguiente la lluvia escasea á tal punto, que pasan á veces generaciones enteras sin conocer ese fenómeno.

En Tebas se tienen cuando más una ó dos tormentas por siglo, y en las mismas cumbres de los montes que circundan el valle, caen apenas unas pocas gotas de agua, tres ó cuatro veces al año, contándose un temporal por cada período no menor de diez años.

Antiguamente una simple garúa era considerada como un fenómeno extraordinario de mal agüero.

Un egipcio algunos años después de la invasión del general Bonaparte, hablando con un europeo, decía: nosotros sabíamos que alguna desgracia acaecería á

nuestra patria; había llovido en *Luscar* poco antes del desembarco de los franceses.

Quando los persas destruyeron al ejército de Faraón Psamético y dominaron al Egipto en la batalla de *Pelusio* (35 siglos atrás), Heródoto nos cuenta que los egipcianos vieron el anuncio de tan grande catástrofe en algunas gotas de agua que habían caído en *Tebas* en esos días, cosa nunca vista en esa fecha.

Después que el viento anuncia la próxima estación buena, el Nilómetro del Cairo anuncia que el Nilo ha crecido varios pies, y sus aguas frescas y lípidas el día anterior, se tornan viscosas, del color verde oscuro de las aguas salitrosas de la zona tropical.

Todos los ensayos hechos con filtros para separar las substancias nocivas que causan el fenómeno del Nilo verde no han dado resultado: filtrada el agua, conserva siempre su color verde, su olor nauseabundo y su propiedad mortífera.

Maspero, al explicar el fenómeno del cambio de color del agua en verde, dice: El Nilo, después del desborde, vuelve á su cauce, pero deja en los bajos de las llanuras arenosas del Sudán, al Sud de la Nubia, grandes lagos de aguas muertas.

Después de quedar estancadas y putrefactas durante seis y más meses bajo los rigores de la canícula tropical, estas aguas son nuevamente llevadas por la nueva creciente al cauce del río; donde debido á su presencia sucede el fenómeno del Nilo verde.

Afortunadamente el río sólo queda en este estado tres ó cuatro días á lo sumo, y digo afortunadamente, porque hasta que el Nilo es verde sus aguas son repugnantes y producen dolores terribles al que las bebe.

Por este motivo, los egipcianos hacen sus provisiones de agua antes de la transformación del Nilo.

Desaparecido este primer fenómeno, el nivel del río sigue en aumento, presentando sus aguas, durante diez ó doce días, un color sumamente turbio, para ofrecer tras este espacio de tiempo el espectáculo más sublime y extraordinario que se pueda ofrecer: ¡Nilo rojo!

Oíd al célebre arqueólogo Maspero en su bella descripción del Nilo rojo: «Al despuntar el día, después de pasar una larga y molesta noche, me levanté del sofá cuando el sol, mostrando apenas un pequeño segmento de su luminoso disco, empezaba á elevarse sobre las altas montañas arábicas, reflejando sus primeros rayos sobre las tranquilas aguas del río, cuando me sorprendió en extremo el reflejo demasiado rojo que presentaban las aguas.

«Sospechando fuera efecto de ilusión óptica, corrí á observar sobre la otra banda del buque, donde los re-

flejos del sol no doraban las aguas. ¡No! ¡no era una ilusión! Toda el agua era opaca, teñida de rojo obscuro, más semejante á la sangre que á cualquier otra substancia. Noté asimismo el aumento de nivel, y noté también la alegría pintada en los árabes que corrieron á decirme: ¡el Nilo rojo! ¡el Nilo rojo!»

¡Pobre Egipto el día que pierda su río!

La mejor alabanza del Nilo la hizo Heródoto con estas breves palabras: «¡El Egipto es un don del Nilo!»

Y el Nilo, ¿qué es? se me ocurre preguntar.

¡El Nilo, es un don de Dios!

EL VICARIATO APOSTOLICO DE BAGAMOYO



SEPARADO en Julio de 1906 del inmenso Vicariato del Zanguebar-Norte, el Vicariato de Bagamoyo comprende la parte Nor-Este del Este del Africa Alemana. Su extensión equivale casi á la tercera parte de España. Sus límites eran bastante indecisos. El ilus-

trísimo Sr. Vogt, supo arreglarse amistosamente con el Ilmo. Sr. Spreiter, vicario apostólico de Daressalam, por lo que respecta al límite Sud. La frontera Oeste es la única que al presente no esté determinada con precisión.

En general, el clima es sano: algunas regiones, como las de Usambara, Kilimandjaro, Ufomi, Irangi, Nguru y Uluguru disfrutan un clima excelente.

La población se halla agrupada principalmente: al Norte, en las regiones de Paré y Kilimandjaro; al Oeste, en las de Ubugwé é Irangi, y al Sud, en los montes Nguru y Uluguru.

En el Vicariato se establecen en número cada día mayor colonos europeos y misioneros de todas las religiones.

En el Norte, un ferrocarril de 130 kilómetros, que pronto se prolongará al Kilimandjaro, conduce á Usambara y á Paré, regiones ocupadas enteramente por inmensas plantaciones de café, sésamos y cautchuc, y desgraciadamente también por Sociedades protestantes de misioneros ingleses y alemanes. Estas Sociedades son numerosas y ricas. Para combatir su influencia sólo poseemos las Misiones de Tanga, Mlingano, San Bernardo y San Pedro, las cuales, sitiadas de cerca por la acción protestante, difícilmente podrán desarrollarse. Un extremo de Paré está libre todavía. Para unir Usambara al Kilimandjaro, unión muy conveniente para lograr la más rápida evangelización, nos sería muy útil ocuparlo estableciendo en él una residencia de misioneros. Pero la falta de personal hace muy difícil, por no decir imposible, esta nueva fundación.

Al abandonar Usambara é internarse en los pintorescos montes de Kilimandjaro, se experimenta intensa satisfacción al considerar el estado floreciente de las Misiones que ocupan estas cordilleras; Kilema, con sus

1,200 cristianos; Kibosho, que cuenta más de 1,000 fieles, y Rombo, de fundación más reciente, con su joven cristiandad de más de 300 fieles. En las escuelas de estas Misiones reciben cristiana educación más de 700 niños. La situación material es en la actualidad próspera. Pero el peligro protestante se hace sentir de manera alarmante, dados los recursos materiales, incomparablemente superiores á los nuestros, de que disponen tales Sociedades protestantes inglesas y alemanas. Si queremos conservar nuestras posiciones, será preciso fundar sin pérdida de tiempo una residencia en Uru y otra en Useri.

El Oeste del Vicariato, no ha sido hasta el presente bien explorado. Y á pesar de ello la hermosa región de Meru está ya ocupada por los protestantes. El Iraten, espléndido macizo cuya altura fluctúa entre 1,600 y 1,800 metros, cuenta como minimum setenta mil habitantes. Al Este y al pie de dicho monte se extiende la región de Ubugwé; hacia el Sud se hallan los países de Ufismi, Kondoa-Irangi y Usandawi, los tres muy poblados. Estos países, iban á ser ocupados unos por los protestantes alemanes de Kilimandjaro, y otros por los protestantes ingleses de Mpwapwa. Prevenido á tiempo, el Ilmo. Sr. Vogt emprendió un largo viaje á estas regiones y fundó cuatro nuevas cristiandades. Para ello Su Ilustrísima se vió obligado á quitar la mitad del personal á las Misiones de Kilimandjaro; esta determinación se imponía ante la inminencia del peligro.

(Concluirá).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para la Superiora de las Franciscanas Misioneras en el Japón Machi-Hiloyos

J. C. 25 Ptas.

Para las Misiones más necesitadas

Motrico.—(M. de E., Pbro.): de la testamentaria

de D. José Astigarraga, Pbro. 50 Ptas.

LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA
DE LA 2.^a EDICIÓN FRANCESA
POR
M. C. G.

(Continuación)

29 Septiembre.

He confiado á mi hermana la proposición de Clotilde. También ella había adivinado las intenciones de Emilio y cree que de ellas debo dar gracias á Dios. Lo aprecia mucho y hablando de él con José éste le decía que es joven de corazón excelente y de inteligencia privilegiada.

30 Septiembre.

Emilio marcha mañana. Esta tarde ha hablado largo y tendido con su tutor, de intereses, de sus hermanas, de su porvenir y de sus esperanzas de próximos ascensos. Carlos le ha dejado entrever que conoce sus deseos y que no le disgustan, pero que nada en definitiva podía decirle, pero Magdalena no había sido consultada. En su rostro se ha reflejado intensa alegría, y esta noche al despedirme, en voz baja y con acento conmovido me ha dado las gracias.

1 Octubre.

Desde la partida de su hermano, Clotilde no ha cesado de llorar. Margarita y Magdalena han ensayado mil maneras de distraerla. Acepta con resignada amabilidad sus atenciones y procura, sin lograrlo, vencer á la amarga tristeza que la domina. Conmigo está si cabe más afectuosa que antes. ¡Pobre niña!

2 Octubre.

Día triste... ¿Qué será de nuestro desgraciado Luis? Esta mañana por una cuestión sin importancia ha replicado á su padre con altanería y faltándole al respeto. Carlos, justamente irritado, lo ha cogido por el brazo, y sacudiéndolo con fuerza le ha reprochado sus palabras. En vez de pedirle perdón ha quedado frío, impasible, la mirada altiva. Profundamente apenado mi esposo ha salido dejándome sola con Luis.

He hecho cuanto he sabido para lograr se venciera, razonara. Todo inútil. Se limitó á un despectivo movimiento de espaldas.

—¡A catorce años ser tratado como niño! murmuró después de unos minutos de silencio.

—Cuando has obrado como hijo desobediente.

—Sí, sí, música celestial.

Y tras esta deplorable frase ha salido bruscamente de la sala.

Dos minutos después pasaba por debajo de mi ventana silbando una marcha popular.

El día ha terminado sin nada que me consolara. En la mesa he observado á Luis. Ha comido poco, hablando

en voz alta y chanceándose con todos, afectaba un buen humor que no le es natural y que me hacía daño. Antes de acostarse ha venido como de costumbre á presentarnos la frente.

—¿Para qué? le ha dicho Carlos.

—Perdón, padre mío, ha contestado á media voz.

Entonces mi marido le ha abrazado; por desgracia el más afligido no era el hijo.

3 Octubre.

Cuanto mejor observo á Luis, estoy más inquieta y apenada. Esta mañana en el templo me coloqué tras de los jóvenes, y pude comparar la actitud de mi hijo con la de mis sobrinos. Estos devotos, recogidos, seguían la Misa en su devocionario. Luis ha permanecido de pie y cruzados los brazos todo el Santo Sacrificio, limitándose á inclinar la cabeza en el momento de la elevación. Esta actitud indiferente, casi irrespetuosa, me disgustó sobremanera cuando hace años la vi en algunos jóvenes de B... Entonces Luis, que era un niño, rezaba á mi lado piadosamente..., y me decía: «Si nunca viese á mi hijo en el templo en actitud tan irreverente, sería muy desgraciada...» ¡y hoy...!

Carlos suele colocarse en el coro, de donde no puede ver á Luis. Acaso su actitud no le impresionaría como á mí, por más que mi marido siempre ha sido muy respetuoso en la casa del Señor. Nosotras las mujeres, y más especialmente nosotras las madres, solemos en estas materias ver mejor y sentir con mayor verdad que muchos hombres.

7 Octubre.

Ya hemos dejado el campo. Mi hermana con los suyos ha emprendido el camino del Norte, y nosotros el de B..., á nuestros cuarteles de invierno. Clotilde vive por completo con nosotros, es la hermana de mi hija y su compañera inseparable, á la que trata con encantadora condescendencia y amabilidad. Tiene por ella la solicitud de la hermana mayor, y adivínase que quiere hacerla *perfecta* para que haga la felicidad de Emilio. Mi hija es feliz siguiendo sus consejos y ejemplos. Clotilde, desde que salió del pensionado, ha estudiado y aprendido mucho, con su madre primero y luego con Eugenia. Hoy con Magdalena repasan historia, geografía y literatura, aumentando el caudal de sus conocimientos estudiando en obras más extensas que las del colegio; practican el inglés, que ambas hablan regularmente. Magdalena posee hermosa voz: su amiga pretende, y con razón, que para el canto el italiano es la reina de las lenguas, y se empeña en que lo aprenda. Y los días pasan apacibles, hermosos. Todas las mañanas asistimos

al Santo Sacrificio en la Catedral: al regresar trabajamos hasta el medio día, después de comer un corto paseo, y con frecuencia visitas á los pobres, las que gustan particularmente á mis hijas. Procuramos regalar consuelos, socorrer miserias, y en realidad no es el pobre quien recoge la mejor parte de las visitas que le hacemos. Nos sorprenden á veces ejemplos admirables de resignación cristiana; y viendo tantos males, privaciones y dolores, aprendemos á estar contentas de cuanto el Señor nos ha dado y á mostrarnos agradecidas.

Casi al lado de nuestra casa vive una infeliz paralítica que es el prototipo de la miseria repugnante. Sucia por carácter y educación, su cuartucho, un cuarto con principal, es una pocilga. Hasta hace unos meses vivió de su trabajo, corriendo todo el día de un lado á otro. Víctima de un ataque de parálisis, no ha querido ser trasladada al hospital. Los vecinos, pobres también, la ayudan lo poco que pueden; una de mis criadas me enteró de la aflictiva situación de esta mujer.

La hemos visitado y socorrido. La primera vez que fuimos á su casa nos recibió muy mal. La soledad y el dolor habían agriado su carácter. No puede resignarse á perder para siempre el movimiento de las piernas, á pasar cuanto le queda de vida sentada inmóvil en un rincón de su vivienda pobre, pudiendo servirse, y aún con dificultad, sólo de un brazo. La prometimos socorrerla y visitarla con asiduidad. A Clotilde la impresionó sobremanera tan apurada situación.

—¡Pobre mujer, qué desgraciada! me decía al bajar de la triste boardilla; ¡tan enferma y para mientras viva!... ¡tan pobre y tan poco resignada!

La tarde de aquel día la pasó triste, preocupada. Magdalena sufría por creer enferma á su excelente amiga. Al anoecer nos confesó que la hacía padecer el recuerdo de la desgraciada paralítica.

—Casi no me atrevo á pedirle un favor; pero es V. tan buena, que espero me lo concederá. Desearía me permitiera subir todas las mañanas á limpiar el cuarto de la pobre enferma. No me diga que no puedo ir sola, pues me acompañará Marcelina (1). Me levanto temprano, mi *toilette* es corta, verá V. como aún llegaré á tiempo de tener el gusto de acompañarlas á Misa.

—Es penosa la obligación que te impones, querida Clotilde: ¿si un día estás cansada, enferma?

—Pues iría Marcelina sola. La ruego á V. que no me prohíba este gusto. Si viviera mi hermana estoy certísima de que subiría á socorrerla. Mi anhelo es imitarla en todo.

Obrando razonablemente no podía oponerme á esta obra buena. Magdalena se empeñaba en participar de ella ayudándola. Creí mejor dejar á nuestra amiga practicarla sola, pues mi hija es aún muy joven, no para ser caritativa, que la caridad es de toda edad y santifica siempre, sino para imponerse un trabajo cotidiano que debe ser de larga duración. En cuanto á Clotilde, su resolución es para mí nueva prueba de que aspira á la vida abnegada y perfecta que había elegido Eugenia. Acaso se diga: Así cumpliré la misión de consolar á los que sufren, que Eugenia se había impuesto. De vez en cuan-

do suelta frases que me confirman en mi idea. Hace unos días hablábamos de un sacerdote joven cuyo Padre había debido renunciar á la carrera sacerdotal por falta de salud.

—Su hijo, decía Clotilde, ha saldado la deuda; ha hecho lo que debía.

15 Octubre.

Luis ha reanudado sus estudios con celo digno de elogio; sigue ocupando en clase los primeros puestos. No teme el trabajo. Ha pedido á su padre le dé un conferenciante con quien repasar para prepararse al examen del grado de bachiller. Ya es tomarlo con tiempo, pues aún le faltan dos años. Sin embargo, me alegro de que prevenga este examen importante, porque abarca tantos años de estudios tan variados. Su padre ha accedido gustoso á la petición.

Trabaja con empeño, pero no estoy tranquila. No nos trata como antes solía. Respeta á Carlos, pero no le trata con esta deferencia, con este respetuoso afecto que debe ser el alma de las relaciones de un buen hijo con su padre.

Magdalena quiere con delirio á su hermano, y sin embargo éste le trata sin amabilidad, con indiferencia. Nada le interesa, nada le da gusto ni alegría. Para conmigo, lo confieso con dolor, no tiene ninguna atención, ni mucho menos pruebas de afecto. Viéndole dijérase unas veces que es un extranjero que está mal en casa, y otras que es un muchacho alborotado que desordena y estropea cuanto toca. En estos momentos Carlos se enoja, Luis se violenta para no replicarle mal, y sus palabras llegan hasta los límites del respeto. Mi marido, contrariado, me habla con desagrado de la conducta de Luis. Procuro calmarle. ¿No es hasta cierto punto injusto enojarse contra un niño, que es malo por efecto de la mala educación que recibe? Para mí no cabe duda: están corrompiendo á mi hijo. En él había cuanto precisa para, sabiamente dirigido, lograr magníficos resultados. Pero lo bueno no ha sido cuidado, y queda sin desarrollarse. Las malas hierbas agostaron los gérmenes buenos, ¿qué quedará, oh Dios mío, en el alma de mi pobre hijo?... ¿Qué puedo hacer? Repetidas veces he intentado quedar sola con él, hablarle como antes solía, y adivino que no me abre su corazón, que ya no siente aquella íntima alegría, aquel gusto y placer que en otros tiempos le daba hablar á solas con su madre. Me cuenta lo que estudia, que es el primero en clase, pero casi siempre sus frases son cortas, y sus palabras las menos posibles. Dijérase que me trata con recelo, sin confianza. ¡Querido hijo mío! ¿quién le quiere como su madre? ¿quién desea su felicidad como yo la anhelo? Por verle dichoso, estoy dispuesta á sufrir, á sacrificarme á todo. Pero ¿qué puedo lograr sin él? su porvenir está en sus manos. Cuanto le digo, adivino le suena á sermón, que mis consejos le enojan... Y entonces me acuerdo de mi hermana, de las satisfacciones que le regalan sus hijos, y siento que se me oprime el corazón, y á pesar mío se llenan de lágrimas mis ojos.

(Continuará).

(1) Su camarera.